



Vol. 6, No. 1, Fall 2008, 93-111
www.ncsu.edu/project/accontracorriente

**Literatura, neoliberalismo, poscolonia:
acotaciones y precisiones**

Román de la Campa

University of Pennsylvania

I

La mirada poscolonial convoca un amplio acervo de temporalidades y nociones teóricas difíciles de realizar, ya sea por el uso indiscriminado del concepto, por la sospecha que generan los paradigmas acuñados desde la academia norteamericana, o porque, como ocurre con la mayor parte de los planteamientos críticos actuales, sus condiciones de posibilidad—una pluralidad dinámica pero conflictiva frecuentemente—se ven relegadas por el empuje del mercado o la ideología que las impulsa (o rechaza). Mi propósito en este ensayo será el de explorar la cartografía móvil que ha inspirado el imaginario poscolonial, su lugar en la amplia y ambiciosa morfología de discursos “pos”, al igual que algunas instancias de limitación

en cuanto a los estudios literarios latinoamericanos, particularmente en el momento actual de la inmanencia global y ajustes al orden neoliberal.

En su forma más generalizada, el giro poscolonial ya opera como un hito que habla por sí mismo, un sentido del tiempo que invoca “el engaño interno” que lleva consigo todo período posterior a las independencias del siglo diecinueve y veinte, momentos fundacionales que pretendían marcar el fin del dominio colonial o neocolonial y abrir el camino a la modernidad. Ese fue el impulso que estableció la mirada poscolonial durante la última década del veinte, sobre todo en el mundo anglófono. Su despliegue tuvo tanta o más intensidad que el constructo posmoderno, en sí muy favorecido desde los ochenta.

No es difícil conjeturar varias causas para el surgimiento del discurso poscolonial. Una de ellas pudiera ser la lenta liberación de una ironía reprimida: Después de siglos de rechazo, las disciplinas académicas creadas por la modernidad reconocen que el colonialismo, o la lógica colonial, persiste en muchas formas, no sólo en estados nacionales tapizados por relatos republicanos fallidos o trancos, sino tal vez en todas partes, inclusive en zonas modelos del “desarrollo” como Estados Unidos, cuyas minorías internas también configuran una huella colonial latente. Durante el apogeo del pensamiento posmoderno, se repetía en América Latina con cierta frecuencia aquel reproche que decía: “¿Cómo vamos a hablar de la posmodernidad si todavía no somos modernos”. Algo menos resistida ha sido la noción de que hablar de la poscolonia implicaría que todavía somos colonia.

Estas ironías disciplinarias fueron cobrando valor para muchos intelectuales, sobre todo las nuevas generaciones de pensadores académicos desprovistos de telos político en un momento de sosiego general después de 1989. Otra explicación quizá responda a la creciente nostalgia en torno a periodización histórica, ya que lo poscolonial a veces procura la memoria de un tiempo más localizado o comunitario, una medida del sentir y pensar que ha sido prácticamente vedada por el sincronismo mundial de la globalización, imaginario que absorbe

radicalmente todas las temporalidades, restándoles especificidad y derecho a reclamos.

Si bien el poscolonialismo busca suplantar el concepto “Tercer Mundo” con un nuevo giro derivado de los discursos “pos”, al mismo tiempo intenta intensificar inmanentemente la fuerza histórica del viejo término, dándole más énfasis a la causalidad interna del colonialismo criollo sin olvidar completamente la causalidad externa favorecida por el análisis anti-imperialista. Como tal, ocupa la tensión epistémica de un espacio retórico abandonado pero no vaciado. De este modo sugiere una réplica tácita a la premisa de que el telos globalizante, hoy día definido exclusivamente por la fuerza del capital, pueda (o quiera) por su propia cuenta reparar las desigualdades históricas del planeta o a augurar el fin de la historia y la ideología. Según Emir Sader, presidente de la CLACSO, los recientes movimientos étnicos y de grupos sociales alternativos constituyen un reto al viejo modelo nacional. En algunos casos más recientes manifiestan una vocación anti-neoliberal, pero no anti-capitalista.¹

La mera confección del paradigma poscolonial, sin embargo, denota una suerte de desgaste semántico en que las formaciones históricas “colonial” y “neocolonial”, así como sus críticas correspondientes, pierden su especificidad en tanto categorías independientes. Esto se observa en el acoplamiento simultáneo, a veces incómodo, a veces turbio, de modelos teóricos disímiles, como el análisis foucauldiano junto al modelo teológico de la teoría de la liberación, o al neo-marxista de la dependencia. Algo parecido ocurre con el imperialismo y su debido análisis, muchas veces evitado por el enfoque exclusivo de causas internas que aporta la mirada étnica poscolonial, es decir, una preocupación que da prioridad al dominio de las élites locales y sus desencuentros o fracasos nacionales, por encima de cualquier causa externa de poder o hegemonía internacional.

La elaboración del pensamiento poscolonial en el campo latinoamericano se ha prestado mucho más para un nuevo acercamiento historiográfico que literario, mientras que en el campo anglosajón ha

¹ *New Left Review*, 52, July/Aug 2008.

permitido mayor fluidez con la crítica literaria. Esta distancia precisa categorías y matices conscientes de la problematicidad inherente al término. Se trata de un giro que constituye, al menos, una intensificación de la política académica que suele descansar en la desconstrucción del telos moderno y sus anclajes disciplinarios. En ese sentido recoge el impulso iniciado por la posmodernidad, pero lo hace exigiendo mayor atención al entorno antes conocido por Tercer Mundo, y por ende, el residuo colonial. Ahí se encuentra su apuesta.

Pero al igual que la posmodernidad, el pensamiento poscolonial queda sujeto a una lógica constante de re-empaque epistémico que nutre la crítica académica actual, lugar de producción ampliamente condicionado por un nexo creciente de impulsos conceptuales y de *marketing*. De ahí se desprende la difícil tarea de interrogar, en forma simultánea, tanto el viejo esquema humanista de afirmaciones universales en torno al ciudadano o el sujeto humano que ofrecía espacios autónomos liberadores para el arte y la política, como a la nueva esfera poscolonial de localización étnica demarcada por discursos demasiado dispuestos a borrar la distinción entre política y cultura.¹

II

En América Latina, la sensibilidad poscolonial ha procurado acoplar una serie de ubicaciones difíciles de aprehender desde cualquier constructo temporal. Bien se sabe que cada período histórico deja una marca indeleble, y que la cartografía latinoamericana abarca más de veinte países y diversas agrupaciones culturales bien diferenciadas, cada cual con sus respectivos modos de composición étnico-sociales, algunos más heterogéneas que otros. Pero importa observar las huellas profundas que dejó la colonia en América Latina a lo largo de esta historia, y la duda que eso presenta a la configuración modernizante hegemónica. Esta otra

¹ Para un examen más extenso de esta tendencia dentro del poscolonialismo, véase Peter Hallward, *Absolutely Postcolonial* (Manchester: Manchester University Press, 2001), 45.

mirada explica sin duda al cambio que marcó la obra de Ángel Rama, en particular su conocido texto *La ciudad letrada*, escrito a principios de los ochenta, quizá la primera manifestación del pensamiento poscolonial latinoamericano.

Sin duda se trata de un tema conocido desde mucho antes, si se toma en cuenta la esfera de pseudos-repúblicas latinoamericanas que José Martí esbozó a fines del siglo XIX en su conocido ensayo “Nuestra América”. En ese sentido histórico amplio, más abarcador pero quizá más impreciso, la región parece tan madura para el modelo crítico poscolonial como la agrupación de naciones del imperio (Commonwealth) británico, no obstante las grandes diferencias históricas de las independencias entre ambos, en algunos casos un siglo y medio. La cuestión, por tanto, no es si lo poscolonial se puede aplicar a América Latina en algún sentido metafórico general, sino más bien si el término puede sostener la rica y variada historia colonial y moderna de ésta sin implosionar, o borrar más de lo que descubre.

Las lecturas poscoloniales de América Latina deben por eso encarar un conjunto fundamental de preguntas: ¿Pueden ocuparse de los profundos remanentes coloniales de la región y distinguir simultáneamente las temporalidades modernas y posmodernas? ¿Cederán en cambio a un modo de retórica figurativa que solo registra el fracaso de la modernidad de tal modo que la historia y la literatura sólo puedan representar la causalidad interna como eje exclusivo de toda articulación analítica, es decir, la falsa conciencia de las élites dominantes, una máscara de su derrota política?

Como cabría prever, la avalancha de nuevos marcos críticos recientes ha cobrado una intensidad muy particular en el campo literario latinoamericano. Se trata de un auge teórico que incluye la posmodernidad primero y el poscolonialismo después, al igual que las inflexiones creadas en ambos por el multiculturalismo, el feminismo y los estudios culturales, tomando en cuenta, por supuesto, las precisiones en torno al género, en sí un modelo diverso y fértil. Este nuevo ímpetu, elaborado en gran medida por las universidades estadounidenses, inundó el mercado de discursos pertenecientes a la cultura. Desde esta perspectiva, la difusión reciente de

la teoría “metropolitana” norteamericana sólo ha intensificado un debate bastante conocido en la filosofía y literatura latinoamericana desde el siglo XIX.

¿Cómo se engendran, dónde se enuncian o legitimizan y cómo se aplican los modos de pensar? La pregunta parece nítida, pero no tanto la respuesta, particularmente en materia intelectual, y sobre todo literaria. La enunciación poscolonial latinoamericana, al igual que la posmoderna, y la de corte estructuralista anterior, aporta en buena medida un sujeto crítico académico circunscrito por el exilio o la diáspora latinoamericanos. También debiera recordarse que la literatura modernista y posmodernista latinoamericana entrañaba, desde el inicio, una crítica inmanente, pero profunda, a los modos eurocéntricos de pensar, y que la academia latinoamericana ha contribuido grandemente a su difusión transnacional.

Huelga decir que todos los contextos tienen sus necesidades y economías de valor. La expansión y el alcance institucional de la academia norteamericana también los tiene, aunque parezca menos evidente. Se trata de un alcance institucional y expansión territorial que la hace más proclive a concebir el objeto de estudio sin cuestionar el contorno que las produce. Esta forma de hacer crítica presume que los intereses locales se neutralizan a través de discursos metacríticos capaces de auscultarse a sí mismos. Es importante notar, por ello, una comunidad transnacional de discursos capaces de absorber toda diferencia desde la práctica teórica, aun cuando lo hace en nombre de la diferencia.

Al propio tiempo, debe decirse que las distinciones basadas en la ubicación geográfica del pensador, tal como el viejo concepto del valor de uso, o el nacionalismo conceptual, siempre incurren en riesgos importantes. La validez de la teoría, la historia o la literatura no puede descansar, por último, en el origen espacio-temporal de su enunciación. Es decir, ¿Cómo delimitar factores coadyuvantes como nación de origen, lengua de expresión, lugar de trabajo, inclinación política o alguna

combinación arbitraria de estos elementos, en dependencia de las necesidades del momento? ² La idea resiste la nitidez deseada por muchos.

Del mismo modo, conviene indagar hasta qué punto se puede afirmar los conocidos discursos de la teología de la liberación, la teoría de la dependencia, o el propio poscolonialismo, constituyen una esfera autóctona de pensamiento latinoamericano, sobre el cual se debe configurar el verdadero mapa conceptual del área. Todo aparato conceptual archiva diversas instancias de producción y aplicación, sedimentando con el tiempo una cartografía móvil de usos y desusos. Importa por ello observar si existen discursos latinoamericanos, o de cualquier otra procedencia que puedan en realidad corresponder a un entorno depurado de múltiples influencias.

III

Las huellas lingüísticas del poscolonialismo son conocidas: irrumpe en nuestro imaginario con el análisis del discurso orientalista sedimentado por la colonialidad británica, pero aun más por las aspiraciones universales inherentes al orden disciplinario del saber cultivado en Inglaterra y Estados Unidos. La obra de Edward Said, Homi Bhabha y Gayatri Spivak, escrita exclusivamente en inglés pero de enfoques muy diferentes, llega a ser conocida como eje transnacional del poscolonialismo.³ Se trata en gran medida de una desconstrucción de los vínculos filosóficos entre la modernidad y la colonialidad angloamericana no vista anteriormente. Lo

² Esta problemática nutre la mayor parte de los trabajos recogidos en la antología *Latin American Philosophy*, editada por Eduardo Mendieta (Bloomington: Indiana University Press, 2003), en particular los ensayos de Enrique Dussel, Walter Dignolo, y Santiago Castro Gómez. Para una visión de contrapeso, véase el ensayo de Florencia E. Mallon, "Promesa y dilema de los Estudios Subalternos: Perspectivas a partir de la historia latinoamericana", *Convergencia de Tiempos*, Ileana Rodríguez, ed. (Amsterdam: Rodopi, 2001), págs. 117-154.

³ Entre las obras más representativas se encuentran Gayatri Spivak, *The Post-colonial Critic*. Edición a cargo de Sarah Harasym (New York y London: Routledge, 1990); al igual que *Edward Said: A Critical Reader*, editado por Michael Sprinker (Oxford: Basil Blackwell, 1992) y Homi Bhabha, *Nation and Narration* (London: Routledge, 1990).

hicieron con un nuevo estilo de prosa inglesa que entrega modos post-estructuralistas de crítica a un nivel tercermundista de aplicación, con más matices culturales que el marxismo tradicional y mayor apelación teórica a la hibridez que el posmodernismo.

Con diversos grados de éxito y especificidad, estos autores también llevaron el tema de la diáspora al centro del quehacer teórico, una reflexión imaginativa sobre el tráfico posnacional de pueblos y saberes, mientras se guardaban con sumo cuidado de cualquier afirmación esencialista del Tercer Mundo que los inspiraba. Su obra, aunque muy celebrada por la academia, buscaba alejarse del saber disciplinario establecido. Acudían al encuentro del idioma inglés con la alta teoría francesa, un momento plenamente posmoderno, pero buscando rastrear algo más concretamente el modo en que la historia y el lenguaje colonial marcaban las formas de pensar metropolitanas, en particular Inglaterra y Estados Unidos.

Eventualmente, el énfasis reconstructor se ha movido al estudio más histórico de comunidades subalternas. Este paso en gran medida se ha inspirado en la historiografía de Ranajit Guha, un análisis pormenorizado del nacionalismo formulado por las élites, antes y después de la independencia en la India.⁴ Hoy ya se aborda el poscolonialismo en todos los idiomas y contornos, entre ellos el español (España y América Latina) y el francés (Caribe y Canadá), este último sobre todo a partir de la obra del filósofo martiniqueño Edouard Glissant, pero la correspondencia que confecciona inicialmente el encuentro entre el inglés, la globalización y el poscolonialismo exige más atención.⁵

El inglés se vuelve *lingua franca* de la globalización en el momento en que la teoría poscolonial codifica su imaginario académico, tanto en la esfera del Primer Mundo como en la arena correspondiente a las multitudes diaspóricas agrupadas por sus determinaciones geopolíticas e

⁴ Ver, por ejemplo, Ranajit Guha ed., *Subaltern Studies: Writings on South Asian History and Society*. 2 vols. (New Delhi: Oxford University Press, 1985).

⁵ Véase *Caribbean Discourse: Selected Essays* (Charlottesville, VA: University of Virginia Press, 1992), al igual que el estudio sobre este autor de J. Michael Dash, *Edouard Glissant* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995).

inscripciones lingüísticas. De ahí se desprende que la extensión del paradigma poscolonial, iniciado por intelectuales asiáticos y latinoamericanos que trabajan en Estados Unidos, augura un nuevo desafío trasatlántico para la crítica y la historia de las Américas, con implicaciones muy particulares para el español, dado su peso en ambas tradiciones—la colonial y la moderna—en el continente americano.

Aunque el poscolonialismo ya parece haberse extendido y expuesto al riesgo de la imprecisión, podría decirse que inicialmente suscitaba una mirada más detenida ante la problematicidad actual de las formaciones nacionales americanas organizadas en siglos previos. Más específicamente, que se propuso un descalce de los modelos de estado cuyos discursos en torno al lenguaje, raza, cultura, pueblo y hasta nación—tanto inglés como español—ya no se sostenían, no solamente desde la teoría vanguardista, sino también desde el propio orden del capitalismo mundial. Tal sería, por ejemplo, el caso de los credos implícitos al “melting pot” (crisol de las razas) y “destino manifiesto” anglosajón, o la estructura profunda de ideologías nacionales latinoamericanas basada en un sincretismo católico-patriarcal derivado de la colonia española.

IV

La crítica poscolonial latinoamericana procura una demarcación autóctona, pero su eje conceptual es inherente a la teoría post-estructural, un cuerpo de trabajo que galvanizó el alcance y la ambición de las disciplinas humanistas y las ciencias sociales durante varias décadas desde finales de los sesenta. Los estudios latinoamericanos figuraron prominentemente en esta empresa al inicio, sobre todo en lo tocante a la cuestión de la posmodernidad, inspirada en buena medida por la influencia de la narrativa latinoamericana y sus descalces innovadores de la retórica en torno a la nación. Piénsese que Macondo ya configuraba una visión profundamente lúdica de la autoctonía latinoamericana, y que Tlön la desfiguraba aun antes.

En unas pocas décadas, sin embargo, lo posmoderno se convirtió en una matriz fértil de trabajo teórico y aplicado redefinido en muchas formas dispares, sobre todo después de 1989, tras la desaparición casi absoluta de proyectos estatales de izquierda y el comienzo subsecuente del orden político neoliberal en todo el continente. En ese momento, los estudios latinoamericanos se encontraron atrapados de repente en un vacío discursivo que nunca habían imaginado en realidad.

El ambicioso repertorio de semiosis, desconstrucción y críticas metanarrativas, conocido por lo demás como post-estructuralismo, llevó a la alta teoría muy lejos de la esfera de la literatura. La obra de Edward Said, Ranajit Guha, Gyan Prakash y Partha Chatterjee, entre otros críticos e historiadores que han inspirado los estudios subalternos latinoamericanos, pertenece a este cuerpo diverso de discursos.⁶ Incluso la nueva relectura más reciente de la teoría de la liberación y la teoría de la dependencia inspirada por la noción de sistemas mundiales de Immanuel Wallerstein constituye en gran medida, dentro del marxismo y las ciencias sociales, una respuesta correlativa a la repercusión de los giros teóricos posteriores al 1989. Todo ello muestra un locus de enunciación profundamente heterogéneo.

La referencia ahora común a la doble condición “moderna-colonial” de América Latina representa el reflejo de dos periodicidades aparentemente opuestas, con sus correspondientes giros hacia el “pos”. De hecho, los enfoques posmodernos y poscoloniales se reflejan—algunos podrían decir que se siguen—unos a otros, a pesar de sus presuntas diferencias. Cada uno genera su propio modo de de-significación absoluta de tradiciones modernas, así como formas de realizar cartografías nuevas del paisaje cultural de América Latina en gran medida sobre la base de la crítica epistemológica. Juntos han redefinido los estudios latinoamericanos, conduciendo a un ágil archivo de metáforas teóricas y

⁶ Hay docenas de antologías que recogen los ensayos más importantes de los autores aquí citados, entre ellas una de las más representativas sería *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory: A Reader*, editada por Patrick Williams and Laura Chrisman (New York: Columbia University Press, 1994).

exploración epistémica, un lenguaje –histórico, teórico y en cierto modo poético– de crítica especialmente capaz de ajustarse a los actuales flujos y reflujos del nuevo mercado de producción académica. Como tales, ambos constituyen formas intrincadas de re-alineamiento académico dentro del momento neoliberal.⁷

Para los estudios latinoamericanos, lo poscolonial comenzó como una impugnación a lo posmoderno, un aparato construido en torno a unos pocos novelistas del boom—en general hombres todos—de un conjunto predecible de países cuyo pasado indígena se contemplaba mínimamente o se reprimía por entero. Más tarde, esta inflexión particular requirió un énfasis en la colonialidad como tal, definida ampliamente como una lógica que persistía más allá del inicio de la estética modernista y los modelos de desarrollo diseñados por los científicos sociales. Pero el poscolonialismo latinoamericano ha pasado después al tema de la subalternidad, así como a una revisión de la larga tradición de crítica neocolonial de la región, incluida la teología de la liberación en la obra de Enrique Dussel y la teoría de la dependencia en la de Aníbal Quijano, ambas rearticuladas recientemente por Walter Mignolo desde Estados Unidos.⁸

A fin de distinguirse del posmodernismo occidental, el poscolonialismo de la *Commonwealth* británica y el subalternismo sudasiático, esta inflexión poscolonial latinoamericana ha tenido que echar una mirada mucho más estrecha al período posterior a la independencia, hasta ahora comprendido en otro sentido como la “modernidad” latinoamericana. Algunos, entre ellos el antropólogo Fernando Coronil, prefieren el término “postoccidentalismo”, considerando que se acerca más

⁷ El debate original del tema postcolonial publicado en *Latin American Research Review* 28.3 (1993) sigue siendo muy informativo. Véase también mi examen sobre los problemas y posibilidades de los estudios postcoloniales en mi ensayo “Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: Discurso poscolonial, diásporas intelectuales y miradas fronterizas”, *Revista Iberoamericana* 176–77 (1996): 697–719.

⁸ Para un resumen de estos planteamientos vease Santiago Castro-Gómez, “Latinoamericanismo, modernidad, globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón”., en *Teorías sin disciplina*, editado por Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (Mexico: Miguel Angel Porrúa, 1998).

a la historia latinoamericana.⁹ No está claro, sin embargo, si este nuevo término se aleja suficientemente del anterior, o si logra separarse significativamente del contexto que gobierna la producción epistémica aquí expuesta.

Diversas corrientes de crítica postcolonial convergen en torno a esta problemática, en su mayor parte elaboradas desde Estados Unidos, pero con la colaboración creciente de académicos latinoamericanos. Una de ellas, como decíamos más arriba, se encuentra mucho más cercana a la teoría de los sistemas de Immanuel Wallerstein y de las ciencias sociales que de la filosofía o literatura, aunque sus intelectuales más orgánicos dictan sus cátedras en departamentos de estudios literarios. Colocan la colonialidad en el centro de los estudios latinoamericanos, con un interés renovado en confirmar discursos anteriores tales como la teología de la liberación y la teoría de la dependencia, pero recalando la raza y la etnicidad en lugar de la clase social y cambiando el foco de la América Latina cosmopolita a las culturas amerindias.¹⁰

Otra corriente, más cercana a la literatura pero sólo como la antesala a la desconstrucción filosófica, examina a la América Latina moderna a través del lente de la “alteridad negativa”, una crítica imbuida por conceptos de “imposibilidad” e “ingobernabilidad” que no pretende articular nuevos programas sociales o políticos, sino más bien capturar el curso de la subalternidad como nódulo social problemático difícil o imposible de alcanzar desde la epistemología centrada en la producción de discursos nacionales.¹¹

Una tercera corriente combina las dos primeras posiciones, cartografiando simultáneamente temas históricos como los movimientos indígenas a través del lente de la obra deconstruccionista, pero con un ojo en el

⁹ Véase Fernando Coronil, “Más allá del occidentalismo: Hacia categorías geohistóricas no imperialistas”, y Walter D. Mignolo. “Postoccidentalismo: el argumento desde América Latina”, ambos en *Teorías sin disciplina*, op. cit.

¹⁰ Walter D. Mignolo bosqueja y resume esta tendencia, en sentido general, en *Local Histories and Global Designs* (Princeton: Princeton University Press, 2000).

¹¹ *Exhaustion of Difference* de Alberto Moreiras (Durham: Duke University Press, 2001) brinda una ilustración apasionada de este enfoque.

proyecto de identificación de movimientos subalternos, entre ellos los latinos, como temas concretos nuevos para la historia y los estudios culturales a un tiempo.¹²

V

No hay duda que el peso de la globalización repercute en formas distintas en cada región o país, pero parece justo decir que pocos estudiosos han podido precisar estas distinciones. Pasar por el tamiz el período posterior a la Guerra Fría y su influencia en la teoría ha sido una empresa difícil y retardadora, como puede verse con claridad en dos de los intentos más citados de atender el tema en la esfera de los empeños humanistas: *Specters of Marx* de Jacques Derrida y el más reciente *Empire* de Michael Hardt y Antonio Negri.¹³

El tema más apremiante que se toma de ambos textos, después de treinta años de trabajo desconstructivo, es si los discursos “pos” pueden atender críticamente la escena mundial después de 1989, o trazar una línea más o menos clara de posiciones, distinciones y alternativas ante el orden tecno-mediático del capitalismo global, esa otra fuente de de-significación radical. El poscolonialismo participa en esta desafiante coyuntura de retos al imperio del saber universal, en este caso insistiendo en una cartografía más localizada sobre el pasado tercermundista. Pero la ambición poscolonial no sólo busca ocuparse simultáneamente de las esferas mundiales y locales, sino también de temporalidades pasadas y presentes. Como tal, se trata ya de un metarrelato digno de la extensión neoliberal, en el cual se hace difícil definir un intelectual opositor que no ve una oportunidad en el nuevo contorno de resqueiebres disciplinarios.

Lo que está en juego, a fin de cuentas, es la misión del intelectual contemporáneo, y muy en particular, la del pensador académico, sobre todo

¹² Este enfoque corresponde a la obra de John Beverley e Ileana Rodríguez, entre otros. Véase, por ejemplo, John Beverley, *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory* (Durham: Duke University Press, 1995); e Ileana Rodríguez, *Convergencia de tiempos*, op. cit.

¹³ Jacques Derrida, *Specters of Marx* (Londres, Routledge, 1994), Antonio Negri y Michael Hardt, *Empire* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000).

en Estados Unidos, un espacio institucional que ha cambiado de modo radical durante la pasada década, pues se trata de un contorno mucho más institucionalizado, pero también más propenso a las presiones del mercado. Obviamente, la academia latinoamericana responde de otros modos a estos retos, pero tampoco los puede eludir por completo, o refugiarse en las vertientes nacionales del pensamiento disciplinario tradicional. Sus intelectuales e instituciones tampoco son inmunes a estas exigencias.

Para los que defienden la tradición, o los que la impugnan, o aun los que buscan nuevas formas de leerla, está claro que la subjetividad intelectual queda más expuesta que nunca en el quehacer teórico. En ese sentido podría decirse que no obstante su aparente densidad epistemológica actual, el pensamiento crítico se ha vuelto más transparente que nunca, y en gran medida autobiográfico. Se puede observar, por ejemplo, que la erudición poscolonial, al igual que la posmoderna, el feminismo y los estudios culturales, se lanzan al valiente mundo nuevo de la cultura mundial con sentimientos encontrados, es decir, conscientes de su insuficiencia pero todavía apostando al poder del orden letrado.

Se mantiene la confianza en el peso del capital simbólico, sobre todo el conocimiento de la teoría, ya sea para hablar de cine, televisión, arquitectura, música y, sobre todo, epistemología, un nuevo género discursivo que se cultiva en la academia y con absoluta libertad metodológica. Pero sabemos que el análisis textual, ya sea histórico, filosófico, o literario, pocas veces aborda de cerca las formas de cultura tecno-mediática que hoy imperan. Su vocación sigue siendo hermenéutica. Huelga decir que un enfoque tal todavía puede brindar análisis nuevos y refrescantes, pero urge también indagar cuáles serían sus limitaciones o cómo se han de armar puentes de ida y vuelta entre la cultura impresa y la visual.

La sensibilidad poscolonial busca una nueva entrada para lo que antes se llamaba “modernidad periférica”, con mayor énfasis en la etnicidad y la gnoseología alternativa, aun cuando esta mirada esté sumida en capas de contradicción conceptual. Entre ellas la más importante sería la

premisa del “fracaso intrínseco de la modernidad”, puesto que se suele cifrar “poscolonial” mayormente a las naciones que no alcanzaron el modelo occidental de modernidad, a sabiendas de que la teoría poscolonial no alberga soluciones nacionales a los problemas globales. En ese sentido, lo poscolonial exige pensar desde la “imposibilidad” o “negatividad epistémica”, un aporte dedicado a la de-significación profunda de estratos históricos sedimentados, sin ostentar misiones utópicas definibles.

Importa notar que el gesto anti-utópico inherente al “fracaso moderno” conlleva otro riesgo conceptual, puesto que la fuerza abrumadora del presente agota todas las búsquedas alternativas, salvo aquellas impelidas por la crítica teórica negativa, es decir, la de-significación perenne, o el estado de vigilancia epistémica casi absoluto. Se desprende entonces un imaginario de políticas académicas que busca convocar una constelación inedita de nuevos estados nacionales, o un callejón sin salida en que el acomodo forzado a los imperativos del mercado mundial constituye la única fuente de proyectos alternos, incluidos los de la sociedad civil.

El trabajo latinoamericanista de corte poscolonial responde a estos desafíos nuevos, aun si su foco principal se detiene en la historia de naciones con grandes poblaciones indígenas, aspecto que la tradición moderna en general ha pasado por alto o trivializado. En algunos casos se intenta ir mas allá, vinculando la problemática de los pueblos latinoamericanos indígenas con el surgimiento de la latinidad norteamericana bajo la misma bandera poscolonial, abriendo el campo a una comprensión transnacional de encrucijadas coloniales, e identificando momentos claves de conflicto geopolítico maduro para la crítica poscolonial, como el tratado Guadalupe Hidalgo de 1848, la Guerra Hispano Americana de 1898, las olas migratorias posteriores a la revolución centroamericana después de 1980, o el conflicto zapatista posterior al Tratado Libre del Comercio de 1994.¹⁴

¹⁴ Véanse en particular antologías nuevas que reúnen ambos elementos en formas desafiantes como *Mambo Montage*, Agustín Lao-Montes y Arlene Dávila, editores (New York: Columbia University Press, 2001); y *Critical Latin American*

Debe observarse, sin embargo, que esta analogía transnacional y transhistórica es tan sugerente como problemática. Catalogar a las poblaciones amerindias y latinas como imágenes especulares de la lógica poscolonial corre el riesgo de imponer una sincronía espacio-temporal que concibe a los latinos como el componente flotante de la “frontera” posmoderna y a los grupos indígenas como la “raíz” testimonial, histórica, premoderna del fenómeno poscolonial. Una formulación estrecha de este tipo, si bien remite a la idea de multitudes desahuciadas o huérfanas durante más de quinientos años, elude otros aspectos importantes, entre ellos la relación de cada grupo con las comunidades inmediatas que los circundan, es decir, el mundo no indígena latinoamericano por un lado, y la población no latina de Estados Unidos por el otro.

VI

Los paralelismos con la tradición colonial británica requieren por ello más atención, puesto que no siempre toman en cuenta que la historia poscolonial latinoamericana, con la excepción del Caribe hispano, antecede el fin del Commonwealth por más de un siglo, e incluye un legado de crítica anticolonial articulado por un amplio archivo de discursos intelectuales, políticos y artísticos. Se hace inmediatamente claro, por lo tanto, que ambas temporalidades poscoloniales, la anglosajona y la hispánica, así como las sensibilidades que invocan, si bien comparten una lógica general que se entrecruza en las Américas, también parecen altamente inconmensurables.

Estos engranajes institucionales de capital académico organizaron primeramente su enfoque hacia América Latina durante la Guerra Fría, en medio de un conjunto de estímulos contradictorios. Entre ellos se encontraban los “Area Studies” a partir de los sesenta, una empresa en gran medida impelida por los intereses de defensa de Estados Unidos, que

and Latino Studies, Juan Poblete, ed. (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003).

coincidieron, en algunos casos fortuitamente, con las luchas revolucionarias socialistas y diversos momentos de desarrollo capitalista en algunos países de la zona. Ahora, en el momento posterior a los “Area Studies”, los estudios hispánicos y latinoamericanos miran hacia otros estímulos y necesidades. Se preguntan, por ejemplo, qué significa—cultural, lingüística y teóricamente—vivir y trabajar en medio de cuarenta millones de latinos e hispanos en Estados Unidos, con un poder adquisitivo que se piensa alcanzará más de mil millones de dólares para fines de esta década.¹⁵

Los programas de estudios latinoamericanos y departamentos de español ya no funcionan como embajadas culturales del hispanismo en la academia estadounidense, ensayan ahora las posibilidades de una esfera transnacional inesperada, con implicaciones inciertas pero profundas para los posibles vínculos entre el inglés y el español. Esa constelación de estímulos—económicos, culturales y académicos—constituye en gran medida la fuerza promotora del giro poscolonial.

La mirada poscolonial pertenece a esta ocasión, un momento que exige un orden de conocimientos impelido menos por intereses nacionales que por una esfera cultural plenamente globalizada e impulsada por las propias contradicciones de la cultura y el mercado actual. Hoy se puede constatar que el vasto aparato de instituciones de investigación estadounidenses creado durante la Guerra Fría, los “Area Studies” que organizaron buena parte del latinoamericanismo universitario, comienza a caducar desde finales de los ochenta. No se trata solamente de un entorno latinoamericano. Andreas Huyssen, destacado especialista de literatura comparada, lleva aun más lejos la magnitud del cambio y ajustes de fronteras. Explica (sin lamento ni celebración) que a partir de este momento el paradigma moderno de la estética europea y la historia occidental, conocidas en otros sentidos como humanismo, fueron

¹⁵ Esta cifra procede de los cálculos de la industria de la televisión, según aparecieron informados en el *New York Times* por Mireya Navarro. “Promoting Hispanic TV, Language, and Culture”, 30 de diciembre de 2002, pág. C7.

sustituidas por una nueva esfera de estudios culturales y posmodernidad de alcance mundial, aunque elaborados mayormente desde Estados Unidos.¹⁶

La crítica poscolonial deriva de esta nueva producción de capital simbólico, una lógica del saber en que las disciplinas funcionan menos como guardianes del pasado que como líneas de fuga, en movimiento constante entre las tradiciones lingüística, política y cultural.¹⁷ El inglés se vuelve lengua del imperio—en el sentido de orden de inmanencia global empleado por Michael Hardt y Antonio Negri—al mismo tiempo en que los vínculos entre lengua, literatura y nación se impugnan como nunca antes. En este nuevo código de producción y consumo, la historia y literatura escritas en lengua inglesa, por ejemplo, responden a un *corpus* creciente de autores reconocidos que escriben en inglés, pero cuya orientación cultural y nacional está en otra parte, no sólo en las antiguas colonias británicas y sociedades de asentamiento, sino también en las comunidades asiática y latina de Estados Unidos.

Cabría pensar en esta nueva autoría como una voz creciente para quienes la ecuación lengua, literatura, historia y nación ya no responde singularmente. En este terreno contradictorio, el español también despierta a un destino ampliado pero incierto en Estados Unidos, a pesar de la profundamente arraigada antipatía de este país hacia las lenguas extranjeras, sentimiento que en décadas recientes sólo se ha intensificado. Esta condición bilingüe inexplorada, que podría llamarse subalterna, contribuye a un sentido mundial del español en que España también ha encontrado una especie de reingreso inesperado, el cual no se define por un sentido filológico de habilitación colonial nacional o lingüística, sino más

¹⁶ Andreas Huyssen realiza un intento importante para establecer las fechas del primer estado del posmodernismo y para distinguirlo del momento contemporáneo. “Literatura e cultura no contexto global”, *Valores: Arte, Mercado, Política*, Reinaldo Marqués y Lucía Helena Vilela, des. (UFMG, Belo Horizonte: Brasil, 2002).

¹⁷ La medida de este fenómeno se ha hecho evidente en Inglaterra, donde existe hoy un nuevo énfasis nacional en el estudio del futuro de la lengua y literatura inglesas. Vease Elaine Showalter, “What Teaching Literature Should Really Mean”, *The Chronicle Review*, 17 de enero, 2003.

bien por las oportunidades de inversión en la difusión cultural y lingüística, una especie de *marketing* del español posnacional que es intrínsecamente transnacional, con su principal teatro de consumo en el continente americano.¹⁸

¹⁸ Néstor García Canclini explica como España se ha colocado estratégicamente en la nueva economía cultural de la globalización, mientras los gobiernos latinoamericanos no han logrado hacerlo. *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo* (Buenos Aires: Paidós, 2002), 20-48.